

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL BACHILLERATO MEXICANO*

La Universidad de Nuevo León tiene implantados los siguientes Bachilleratos:

Derecho y Ciencias Sociales.
Ciencias Físico Matemáticas.
Ciencias Biológicas.
Ciencias Físico Químicas.
Bachillerato Técnico para Ingeniería Mecánica y Eléctrica.

La multiplicidad de bachilleratos de que se hace relación anteriormente, puede reducirse a dos tipos fundamentales: uno de letras y el otro de ciencias, con sub-especies correspondientes a las diversas carreras profesionales en que desembocan estos últimos.

Tal situación tiene su fundamento en la idea de que el bachillerato constituye la preparación específica para una enseñanza profesional. Frente a tal noción hay la idea de que ese ciclo represente una instancia autónoma, única, de la educación universitaria. Puntos en que radica a nuestro parecer, toda la significación del debate entre un bachillerato único, dos o múltiples, aquél organizado con base en las humanidades y los últimos apoyados en disciplinas científicas.

Bajo esta fórmula de presentación del problema se reproduce la secular polémica del clacismo y la modernidad, trasladada del terreno ideológico al campo de la enseñanza superior. En otro aspecto, es la discusión entablada entre la formación humanista y la de tipo científico, como ideales optativos de la educación contemporánea.

Esta disputa tiene también antecedentes históricos con

* Esta Ponencia fue presentada por el Sr. Lic. Raúl Rangel Frías, Rector de la Universidad de Nuevo León, en el Congreso de la Asociación Nacional de Universidades, que se reunió en la ciudad de Guadalajara, para tratar el problema del Bachillerato.

características propias, en la organización educativa de México. Bastará recordar muy someramente los intentos de reforma a la enseñanza escolástica de parte de los cartesianos, bajo el propio régimen colonial. Posteriormente, las primeras tentativas del movimiento liberal, que cuajaron en las postrimerías del siglo XIX con la organización de la educación primaria, secundaria y preparatoria, bajo el influjo de las ideas positivistas. Tales propósitos iniciales, y su definitiva consagración, estaban inspirados en un ideal científico renacentista y lograron imponerse a aquel tipo de educación que, mezclado con prejuicios de índole social y con tendencias religiosas, era de filiación clásica o humanista.

Desde estos remotos antecedentes ha seguido desplazándose bajo fórmulas diversas, reproduciéndose en el fondo la misma cuestión educativa, independientemente de las implicaciones sociales o políticas de la respectiva tendencia, un problema siempre candente que no parece tener una resolución definitiva en el terreno histórico: son las lenguas clásicas, los autores latinos y griegos, los filósofos, las obras de arte de Grecia y Roma y los historiadores de esas grandes culturas, quienes deben informar la educación de la juventud? A cambio de un culto refinamiento deberá preferirse instruir a la juventud en las disciplinas científicas, para adiestrar su capacidad técnica y de servicio social?

En el terreno de las realizaciones históricas, México como otros países ha ido superponiendo un ideal al otro, sin resolverse de una manera tajante por cualquiera de los extremos. Aún el positivismo mantuvo asignaturas que se injertaron en las disciplinas científicas como un recuerdo, un homenaje o quizá una prolongación de los ideales humanísticos. Tal es el caso de los estudios griegos y latinos, la literatura y las disciplinas de índole filosófica.

Por otra parte el positivismo pudo lograr esa solución mezclada de Ciencias y Humanidades, a causa de la secreta inspiración de su doctrina en la religión de la humanidad, los ideales patrióticos y el valor de la inteligencia

como móvil del progreso humano. Tuvo a su favor quizá la realidad social y política de México que dio oportunidad de forjar una institución prácticamente desaparecida en nuestros días o sea la Escuela Preparatoria, donde graduó la enseñanza post-primaria y pre-universitaria en un ciclo educativo hasta cierto punto integral, claro y preciso.

El principal factor que contribuyó al éxito de esa enseñanza preliminar de los estudios universitarios, fué el carácter limitado de estos últimos a un grupo reducido de profesiones principalmente las llamadas liberales, sobre las cuales había una corta afluencia social, favorable a la lenta absorción de los conocimientos por parte de los jóvenes, procedentes de la clase media mexicana en incipiente evolución social y política.

Conviene señalar este cuadro de circunstancias ambientales en el éxito de la preparatoria de tipo positivista, para no incurrir en el error de repetir bajo circunstancias diversas un modelo que en las condiciones actuales puede ser caduco.

Ahora, en forma muy limitada hagamos la enumeración de los hechos que condicionan la actual enseñanza universitaria:

1o. Un enorme superávit de población escolar que independientemente de los recursos pobrísimos de nuestras instituciones, impone eso que ha dado en llamarse en términos económicos un fenómeno masivo. Esto es, la Universidad actual tiene que enfrentarse con enormes masas de estudiantes, sujetas a una inestabilidad psicológica y política, que no se ha conocido anteriormente.

2o. El fenómeno condicionante del anterior es la enorme transformación operada en las bases de la Sociedad mexicana que, a la par con sus mutaciones económicas y políticas, ha engendrado fuerzas que hacen estallar la antigua estructura universitaria. Así, tenemos:

La creciente exigencia de expansión en el cuadro

de las profesiones reconocidas, para adaptarlas a las urgencias de transformación social que operan en el exterior. No sólo se abren nuevas escuelas o Facultades, sino que las que ya existen se desgajan en especialidades cada vez más concretas y limitadas.

Una presión creciente sobre la enseñanza para reducir y hacer más útil la temporada de estudios. Jóvenes que pasan largos años en las aulas universitarias y que a la postre salen retrasados con respecto a las urgencias técnicas y económicas de la sociedad.

La existencia de un ciclo de enseñanza post-primaria desgajado de la antigua Escuela Preparatoria (sus primeros tres años), que ha absorbido por sí sola la tarea de la formación del adolescente en un sentido educativo integral, que ha desplazado los objetivos del Bachillerato.

Tales condiciones determinan los rasgos más salientes de la Universidad mexicana actual y son:

La orientación profesional de sus enseñanzas.

La super-población escolar.

La selección profesional abandonada al juego de las fuerzas individuales y sociales, donde la vocación juvenil tiene una débil influencia.

Tal conjunto de circunstancias prefiguran de una manera eficaz, sea o no muy deseable su influjo, las direcciones y estructura de la enseñanza universitaria.

Para ilustrar el concepto de que se trata, bastaría formularnos la siguiente interrogación: Un ideal clásico de educación puede satisfacer la doble exigencia de una sociedad que demanda elementos de transformación técnica; y la de una masa estudiantil deseosa de encontrar un acomodo en los cuadros productivos de la vida mexicana? Como norma general y patrón universal, la respuesta es negativa indudablemente.

Cuando las necesidades de dirección social de un pue-

blo las tenía encomendadas una minoría selecta, cuyo bienestar económico estaba garantizado de antemano, la juventud que se entregaba al aprendizaje de las lenguas y cánones clásicos, podía y debía recibir esos estudios con toda la fina selectividad que ellos exigen, la tranquilidad y el bienestar que los rodea y la lenta apropiación a través de la cual se perfeccionan.

Imponer el modelo de Bachillerato clásico en la actualidad de un mundo sujeto a gran velocidad de cambios, es para la generalidad de los jóvenes una exigencia contra la naturaleza de la vida y, en consecuencia, inoperante en la práctica.

Si por otra parte quisiésemos establecer un Bachillerato único a base de las disciplinas científicas, cometeríamos también un grave error. Precisamente, una de las consecuencias de la transformación científica ha sido derrocar el ideal de validez universal para varios o alguno en particular de los principios que les sirven de fundamento.

Las matemáticas no pueden ostentar ya y aún menos esa generalidad de conocimientos que se llama la Física, la representación única de la Ciencia.

En cuanto haya sido aceptado el principio de conformación del Bachillerato a una orientación científica, será difícil concebir un tipo único, de cuyo modelo universal han de brotar las técnicas correspondientes a la diversidad de profesiones. Qué hacer en consecuencia?

Antes de dar respuesta a esta temerosa interrogación, hagamos una breve y última consideración respecto del problema del humanismo y la técnica. Frecuentemente se les ha mostrado como adversarios irreconciliables, como fuerzas enemigas en que cada una de ellas opera la destrucción de su contrario. Tal concepción oscurece el problema y es en buena parte responsable de que nos enredemos en disputas de palabras estériles y vagas.

Si el humanismo se concibe a la manera de un cuer-

po de doctrina, depositado en urnas sagradas e inmutables, donde se guardan las lenguas clásicas y el conocimiento minucioso y erudito de Grecia y Roma, es indiscutible que la reconciliación no puede conseguirse con los estudios hechos sobre las Ciencias exactas y naturales. Sólo que se ha cometido la equivocación de considerar que eso sólo es humanismo, sin reparar por otra parte que muchos de los que se dedican a esos estudios no hacen sino Ciencia aplicada a un objeto histórico, el cual han reducido previamente a la inercia por no decir a la condición de un cadáver.

Es curioso observar que el humanismo de esta especie se transforma en erudición filológica; y ésta a su vez se mira convertida en una ciencia que reproduce, o trata de reproducir por lo menos, la exactitud de observación, las técnicas de investigación, el espíritu inductivo y los procedimientos de análisis y comparación propios de las Ciencias Naturales. Tras de todo ello, lo que ha quedado de humanismo es sólo la superficie exterior del objeto, que no tiene mayor vida que la propia de los insectos clavados por el alfiler del entomólogo.

Frente a este humanismo arcaizante y archivista, ha habido en todo tiempo otro ideal del mismo nombre, que puede y debe reconciliarse con las tendencias científicas y técnicas de la vida moderna. Otro espíritu humanista que favoreció en su tiempo la síntesis cristiano-helenista de la época medieval o la forma acuñada por el Renacimiento entre la Ciencia y los clásicos. Un Humanismo que está más en el acto que en el contenido determinado de las materias a saber.

Así como hay una tecnología de las Humanidades, se da el caso de un humanismo de la Ciencia. Ello no sería posible si una y otra posición no admitiesen conciliación. Quiere decir que ni la ciencia ni el humanismo se caracterizan por la exclusividad de sus objetos, en cuyo caso sería imposible super-poner una forma a la otra. Más bien parecen coincidentes en un propósito común,

a saber: dar al hombre los medios necesarios para realizar la vida común e individual, en plena posesión de los goces supremos de la verdad, de la belleza y del bien.

Los antiguos no hubiesen concebido un humanismo sin ciencia, por ser monstruosa para ellos la existencia de una ciencia enemistada del hombre. Debe parecernos a nosotros igualmente inaceptable una ciencia sin humanismo, a menos que se tome por este último una forma de saber que desdeñe las urgencias más inmediatas de la vida contemporánea.

En la raíz de toda educación existe el humanismo. Sin este mal puede concebirse la intención pedagógica, la búsqueda de la verdad y la trasmisión organizada de los conocimientos a través de la Universidad.

A título de la discordia entre las letras y las ciencias no deben desdeñarse el carácter formativo, estructural de la esencia humana que aquellas representan, ni el contenido de verdad y eficacia que contienen las últimas.

Si ello es así se desvanecen muchas sombras que oscurecen el problema del Bachillerato y de la Educación Secundaria, también. Perseguiamos a través de esta polémica un fantasma, sin dar un solo golpe a la realidad que engendra el verdadero problema.

Plantear con toda claridad y corrección la cuestión que nos embarga, aún cuando la salida sea remota nos ganaría comprensión, tiempo y amistades.

Cuál es el problema del Bachillerato mexicano? Será acaso que se están produciendo brillantes humanistas, en perjuicio del adelanto científico? O quizá, científicos y técnicos, desprovistos del sentido humano de la cultura?

No, se dirá conmigo. Lo que la mixtura de ambas concepciones nos arroja es un producto intelectual que sobre muy abundante es mediocre. Aceptemos la répli-

ca como buena y sigamos adelante nuestra indagación.

Qué principio ideal por sí sólo puede garantizar la excelencia de los productos? Acaso un Bachillerato único dos o múltiples, de Humanidades o Ciencias, constituyen patentes de infalibilidad? Tenemos en la República ejemplos de todas esas formas de enseñanza y no obstante la queja es universal y constante.

El problema que agita las Universidades mexicanas no está en los principios o fundamentos de la educación. Los programas de estudios son susceptibles de cambios más o menos radicales, en las asignaturas. Vale la pena que se haga el estudio correspondiente para atraernos algunas ventajas como la uniformidad y sistematización nacional de ese ciclo de la educación. Tras de lo cual, sin embargo, volverán la interrogación y el desencanto.

La mediocridad del Bachillerato Mexicano —y me atrevo a arrastrar con él la Secundaria— proviene fundamentalmente de dos factores:

La escasez de recursos humanos y técnicos, para atender el exceso de población escolar.

Y, como consecuencia, en parte de lo anterior:

La deficiente organización del trabajo intelectual.

Sería excesivamente largo detallar en prolija enumeración, todas y cada una de las condiciones en que se encuentra, bajo este doble aspecto, la enseñanza preparatoria. Dibujemos rápidamente y a grandes trazos un breve bosquejo de la escena.

Al ahogo físico de un reducido salón de clases repleto de adolescentes en plena ebullición de la vida, se suma la asfixia mental de una cátedra que languidece en la línea de menor resistencia, con exigir del alumno la lección memorizada de un libro de texto. Tras de los cincuenta minutos de rigor y un breve respiro, se vuelve a lo mismo, hasta llenar las horas reglamentarias del pro-

grama, cinco, a veces seis por día. Así, por meses, tirando a pasar el tiempo mientras llegan los exámenes.

Vienen éstos y el estudiante queda suelto, al fin, de la operación diaria. Puede optar por la dura disciplina de sorber de memoria innumerables páginas de cada texto; recurrir al engaño, tentar la suerte de una ficha —al momento de la prueba— o, en fin, desertar de los exámenes.

Muy pocos mantienen heroicamente una actitud de trabajo y curiosidad por sus estudios, en un ambiente que amodorra en el aula o invita, fuera de ella, al desorden y el estrépito en compensación de aquél.

Durante las clases no siempre asiste el profesor, afortunadamente. Otras suspensiones de labores proceden de diversos motivos, no pocas veces las huelgas estudiantiles. Los programas quedan trancos o se ven a la carrera para cubrir el expediente. Al final, la memoria, como única salvación del estudiante y escudo que protege al profesor.

Gabinetes de Física, laboratorio, biblioteca, museos?

La incuria va haciendo su obra destructora, a la vez que deja el testimonio de la inútil existencia de esos instrumentos del conocimiento. La misma actividad deportiva es poco frecuentada, a causa del embotamiento de las energías diarias con la sola asistencia a los cursos académicos.

Algunos opinarán que el cuadro anterior es demasiado sombrío y quizá haya algo de razón en su juicio, pero se recarga la tinta para destacar la escena en toda su fuerza plástica y dramática. Habrá instituciones universitarias que no han llegado aún a esta experiencia, otras estarán en vías de resolver o ya tendrán resuelto problemas de esta índole; pero la descripción es válida en conjunto como índice de la situación imperante.

Vale la pena revisar todo: los fundamentos de la

educación universitaria, los programas de estudio, los libros de texto. El problema queda, a pesar nuestro, en pie, incólume. No hay sino una actitud positiva frente a éste: trabajar con perseverancia y denuedo para revitalizar la enseñanza preparatoria: cómo?

Es preciso conquistar para las Universidades e Instituciones de Enseñanza Superior, mayores recursos económicos por parte del Estado y aún de particulares.

Se deben implantar métodos de organización del trabajo intelectual en el Bachillerato, que logren estos objetivos:

Acceso del estudiante al aprendizaje diario (uso individual y frecuente de bibliotecas, instrumental de prácticas, ejercicios, pruebas, seminarios, etc.).

Delimitación de programas de enseñanza, en que se prescindiera de la prolijidad de conocimientos, en beneficio de una extensión completa, clara y precisa del curso. Periodización del curso en tiempo y temas armónicos.

Proscripción de la memorización de lecciones en clase diaria y exámenes.

Ambiente sano y estimulante de la camaradería estudiantil, con facilidades para prácticas deportivas y educación física e higiénica.

Participación y estrecha convivencia con una densa cultura de tipo estético, moral y científico (lecturas, exposiciones, conciertos, certámenes, etc.)

En resumen, procurar por todos los medios desarrollar la iniciativa del joven en la creación de una personalidad libre y culta, en justo equilibrio con el régimen de valores positivos de la humanidad y de la vida mexicana.

Sólo corregiremos la vida con más alta vida. Si la sociedad nos entrega la juventud no es para ver repeti-

dos en ésta los vicios o defectos del grupo humano de que procede. Es para iluminar en los hombres que van dejando de ser, la esperanza de que sus jóvenes sucesores serán más puros, sabios y dichosos que ellos. No vayamos a mutilar el propósito con limitaciones a este o al otro campo del saber humano, a una u otra de las fuentes del bien, la verdad o la dicha. No hemos de ensombrecer la esperanza de los que se van esterilizando la existencia de los que vienen. Vida y saber. Ciencia y alegría.

No cabe todo esto en lo que es humanismo, sin dejar de ser por ello conocimiento del mundo y preparación para ejercer una vida útil a sí mismo y a la sociedad?

Tal es, señores a nuestro parecer, el desideratum de la educación para nuestros bachilleres. Más lo hemos de lograr con el perfeccionamiento de nuestra organización universitaria en el terreno de los recursos humanos, económicos y técnicos, que en el campo de los principios y fines ideales.

ARMAS Y LETRAS. No. 10. Año VII.
Monterrey, N. L., octubre de 1950.

EL BACHILLERATO UNICO*

Cuando se pensó establecer un acuerdo entre el Bachillerato en su ciclo final y la Escuela Secundaria, no había el intento de revisión de los procedimientos de esta última; y por no crear una polémica sobre jurisdicción con las autoridades educativas encargadas de la Secundaria, en la reunión de las Universidades se prefirió aceptar lo que existe en este momento y respetar ese ciclo como consagrado. Tal cosa no implica una decisión de tipo pedagógico de la Asociación con respecto de que sea lo más conveniente y, por tanto, este punto conviene tenerlo presente para lo sucesivo. La Escuela Secundaria está en revisión y ha cambiado o está por cambiar sus puntos de vista de cómo estructurar el ciclo correspondiente.

Las Universidades deben respetar la organización de la Escuela Secundaria, implantada por la Secretaría de Educación o las Direcciones de Educación de los Estados; y por tanto, no tienen facultades para determinar el contenido de dicho ciclo.

Es posible y deseable que se establezca una relación armónica entre el ciclo secundario y el ciclo posterior al secundario que hasta la fecha llamamos preparatoria o bachillerato, mediante la cooperación entre los órganos educativos universitarios y los de la Secretaría de Edu-

* Síntesis de las intervenciones verbales del Lic. Raúl Rangel Frías, en la Primera Conferencia de Escuelas Preparatorias del Noreste de México, convocada y presidida por el Rector de la Universidad de Nuevo León, Lic. Raúl Rangel Frías. Se llevó al cabo en la Ciudad de Monterrey del 27 de julio al 1o. de agosto de 1953, dentro de la VIII Anualidad de los Cursos de Verano. Asistieron representantes de las preparatorias de la región y de la Universidad Nacional Autónoma de México; y en ellas se debatió el problema de bachillerato único, en cuya comisión redactora había intervenido el Rector de Nuevo León, cuando recién se había efectuado en Guanajuato la Asamblea de Universidades Mexicanas.